



Macrino
Fernández Riera



Ante el centenario de la muerte de Rosario de Acuña

Aprendió a aprender

Una enfermedad ocular impuso la educación en casa a la pequeña Rosario

No eran pocas las gijonesas que se encontraban presentes en el teatro Campos Elíseos aquel viernes, el último del mes de septiembre de 1911. Llevaban ya un tiempo escuchando muchas cosas —casi todas malas— acerca de la nueva escuela, ¡una escuela neutra!, que por entonces abría sus puertas a la infancia gijonesa. Sin duda, estaban muy interesadas en todo cuanto allí se fuera a decir. Rosario de Acuña, a quien habían pedido que pronunciase unas palabras en el acto inaugural, se había propuesto tranquilizarlas. No, aquella no era una escuela atea, y como prueba de ello les habló de su propia experiencia: «Cuando, estudiando la vida de los insectos, vi en el microscopio el tenue embrión de un huevo de hormiga, me arrodillé fervorosamente enviando al autor de tal maravilla la más incondicional sumisión... ¡Este es el ateísmo de la escuela neutra! Ella le dice al niño: Mira, oye, observa, estudia y deduce».

A pesar de las décadas transcurridas, la Ley de Instrucción Pública de 1857 seguía regulando la educación en España. Además de las materias instrumentales que se incluían en la primera etapa (Lectura, Escritura, Principios de gramática castellana y Principios de aritmética), también establecía la obligatoriedad del estudio de la Doctrina cristiana y nociones de Historia sagrada, así como materias específicas para los niños y las niñas en función, claro está, de las diferentes expectativas que la sociedad tiene para hombres (Breves nociones de agricultura, industria y comercio, Principios de geometría, de dibujo lineal y de agrimensura, Nociones generales de física y de historia natural) y mujeres (Labores propios del sexo, Elementos de dibujo aplicados a las labores propias del sexo, Ligeras nociones de higiene doméstica).

La llamada Ley Moyano entró en vigor cuando Rosario de Acuña contaba con seis años de edad, razón por la cual su escolarización debería de haberse ajustado a sus preceptos. Pero no fue el caso. Y es que, a pesar de haber nacido en confortable cuna, su crianza y educación no fueron como las de las otras niñas de su entorno familiar, como consecuencia de una precoz enfermedad ocular que le causaría grandes padecimientos durante buena parte de su vida. Tras consultar a los mejores especialistas, no hubo más remedio que aceptar con resignación el diagnóstico: conjuntivitis escrofulosa, una afección de la córnea caracterizada por la aparición de dolorosas vesículas. Ya en la madurez, cuando la cirugía había eliminado el problema, la propia paciente nos inculca con sus pala-



Una niña en un aula escolar.

bras el dolor del mal durante tanto tiempo padecido y, más aún, el de la terapia con ella practicada: «Desde mis cuatro años empezaron a poblarse mis ojos de úlceras perforantes de la córnea [...] y el quejido del atroz dolor helaba la risa de mis labios de niña...»

Aquella dolorosa enfermedad le impidió cumplir los designios ministeriales, y su educación quedó en manos de su familia. El colegio de monjas que habían pensado para ella fue sustituido por una educación casera, que se adaptaba mejor a los intermitentes periodos de ceguera que gobernaron su infancia.

La madre tomó a su cargo los aprendizajes de la lectura y la escritura, instrumentos imprescindibles para permitir cierta autonomía en la formación; el padre se ocupó de que se adentrara en el estudio razonado de la historia al que, según ella misma cuenta, dedicaba largo tiempo leyendo y comentando fragmentos de «obras amplísimas y documentadas», con la esperanza de que, poco a poco, aquellas enseñanzas fueran sedimentándose de manera adecuada.

Las ciencias naturales ocuparon lugar preeminente en la educación de la jovencita; no en vano contaba con un abuelo —médico y experto naturalista— quien, además de lecciones de contenido más ortodoxo, se aventuraba a explicarle las teorías evolucionistas de Charles Darwin, lo que por entonces constituía una verdadera innovación en cualquier programa de estudios, y rozaba lo revolucionario en el caso de una delicada y católica jovencita. Además de estas en-

señanzas, digamos teóricas, la niña aprendió muchas otras cosas acerca del funcionamiento de la Naturaleza en la práctica, en el campo, en aquellas ocasiones en las que se refugiaba en los salubres aires de las serranías andaluzas para intentar paliar los sufrimientos que su enfermedad le ocasionaba. Pasó, en efecto, algunas temporadas en las propiedades que poseía su otro abuelo en Jaén donde, cuando sus ojos se lo permitían, se dedicaba a contemplar el comportamiento de todos los seres, animales y racionales, que poblaban aquellas tierras. Varios fueron también los viajes que realizó —con sus padres primero y sola la más tarde— por las tierras de España, y por las de Francia e Italia también. Todo ello completado con buenas lecturas, afamadas representaciones dramáticas y los mejores conciertos.

Evidentemente, no podemos saber cómo habría sido su vida de haber seguido el plan de estudios inicialmente previsto para ella, lo que sí sabemos es que aquel que desarrolló en el entorno familiar resultó eficaz, pues aprendió a aprender, a adquirir conocimientos por medio del estudio, de forma autónoma y de manera sistemática. Así fue como se enfrentó, por ejemplo, a la frenología, una teoría desarrollada por el doctor alemán Franz Joseph Gall, que afirmaba, entre otras cosas, que el cerebro de la mujer estaba menos desarrollado en su parte antero-posterior que el de su compañero de especie, razón por la cual sus facultades intelectuales eran, por naturaleza, inferiores a las del hombre. Rosario

acudió a las fuentes, adquirió varias obras especializadas sobre la materia «aumentadas con las que va produciendo la ciencia europea en este género de conocimiento»; luego vino el estudio concienzudo y, finalmente, sacó sus propias conclusiones, que explicó en escritos y en conferencias. Lo mismo hizo cuando se dedicó a estudiar el tema de la locura. No se conformó entonces con lo que contaban los manuales al uso y utilizó también otras fuentes: asistió a un juicio para escuchar los informes de los peritos en la vista del caso del cura Galeote, acusado de haber matado de varios disparos al obispo de Madrid, o visita el hospital mental de Carabanchel para conocer las novedosas terapias que allí ha puesto en marcha el doctor Esquerdo.

Quizás el asunto que mejor ejemplifique los logros atribuibles a esta competencia, sea el de las enfermedades infecciosas, tema por el que se mostró muy interesada durante su estancia en tierras cántabras. Preocupada por las condiciones en las que vivían las gentes más humildes, constató que las infecciones acechaban de continuo sus hogares, «convirtiéndolos en nidos del dolor y la muerte». Es entonces cuando decide adentrarse en la literatura médica con la pretensión de poner en manos de quien más lo necesitaba los instrumentos para luchar contra aquel azote.

Cuando la Federación Local de la UGT le propone participar en un ciclo de conferencias destinadas a los obreros, ella elige por tema «La higiene en la familia obre-

ra». Y sobre limpieza habló largo y tendido el 23 de abril de 1902, dirigiéndose de manera especial a las mujeres («dedico mi conferencia exclusivamente a las obreras, porque tengo absoluta fe en el destino superior de la mujer»). De limpieza, de higiene y de los tres elementos que ella considera imprescindibles: la luz, el aire y el agua. Al final, confiesa que le bastará para sentirse satisfecha «que todas vosotras abráis las ventanas de vuestras casas así que amanezca, que todas vosotras lavéis vuestras manos y rostro dos veces al día»; que los hijos sean lavados y bañados diariamente; que las casas estén limpias, «olientes a cal», aireadas por todas partes.

No les habló en aquella conferencia de nada que tuviera que ver con la «destrucción del microbio por medio del desinfectante». Debió de considerar entonces que, no habiendo apenas dinero para comer, no lo habría para el cloruro de cal, el ácido fénico o el zotal. Sí que lo hizo un año antes, cuando eligió como protagonista de sus escritos al *Mycobacterium tuberculosis* o bacilo de Koch, protagonista en el contagio de la tuberculosis: «Allí está, vertiendo la supuración corrosiva generadora de la fiebre, en el torrente circulatorio...». A la enfermedad producida por esta bacteria, causante por entonces de la muerte de varias decenas de miles de españoles, dedica el trabajo titulado «La tuberculosis en el pueblo montañés». En las cinco entregas publicadas en El Cántabro se dedica a ahondar en las causas que la producen, a describir los efectos de la enfermedad y a proponer diversas medidas profilácticas para intentar reducir el impacto que su contagio produce.

Aquellos escritos no pasaron desapercibidos. Fueron reproducidos en algún otro periódico y su eco llegó hasta la prensa madrileña, apareciendo una laudatoria reseña en la primera página de «El País». Mayor interés para el tema que nos ocupa representa la opinión que le merecen al doctor Ángel Pulido Fernández, habida cuenta de su condición de director general de Sanidad y de académico correspondiente de la de Medicina. En carta que envía a su autora, el citado doctor no escatima elogios a la hora de valorar el trabajo de doña Rosario. Le dice que si suprime la firma, nadie dudaría que lo había escrito un auténtico experto: un médico, por lo que se refiere a la doctrina; un eximio higienista, por el acierto de su propaganda.

A pesar de las dolorosas llagas que durante bastante tiempo poblaron sus ojos, bien parece que Rosario de Acuña aprendió a aprender. Su propio ejemplo avala la réplica que lanza a los defensores de la frenología: «órgano que no se utiliza concluye por atrofiarse [...] Insuficiencia por medios, no inferioridad por origen; he aquí todo».